



Extracto de la novela “Por si amanece y no me encuentras”, en donde el personaje cuenta sus recuerdos de la ciudad de Guía cuando hace repaso de su vida.

*Santiago Gil*

(...)De niño se le tienen miedo a otras cosas, y no está la muerte presente todo el rato, o por lo menos no esta muerte que te asoma a los abismos del sufrimiento o que te deja aliquebrado y casi sin esperanza cuando se presenta arrastrando en su torrente a los que más quieres, igual que un día nos arrastrará a nosotros y nos conducirá hacia lo desconocido y la desaparición eterna. De niño yo era feliz. Me crié en Guía, al norte de la Isla, con cinco hermanos, y desde que podía me iba a casa de mi abuela a escuchar sus historias. Por eso creo que acabé amando la literatura. Una tras otra, mi abuela iba entremezclando sus sueños y sus imaginaciones con la vida real, que como ocurre casi siempre era mucho más sorprendente e increíble que la parte mágica que metía en sus relatos para darle un cierto halo fantástico de cuento para niños.

Yo nunca dejaba de preguntar y ella siempre tenía respuesta para todo. Sentados debajo de un nisperero las tardes eran eternas, medidas por el sonsonete cadencioso y encantador de sus palabras. Los niños y los jóvenes nunca piensan que nosotros también fuimos un día como ellos, así de pequeños y de crédulos, de temerosos y de soñadores. Es verdad que hay cosas de la vejez que nos aproximan a aquel que fuimos hace más de sesenta años, pero no es lo mismo. Cuando los viejos nos volvemos niños nos faltan las energías y las ganas de vivir de entonces, y sobre todo nos falta la sabiduría de los

abuelos. Ya no hay nadie a quien acudir, ni hallamos quien nos invente historias para quitarnos los miedos y las obsesiones. Ahora los abuelos somos nosotros, y por arriba ya no nos queda hacia donde mirar buscando ayuda. Somos los últimos, los más viejos, y teóricamente los sabios de la tribu. Pero ni nos hacen caso ni nosotros tampoco nos creemos la referencia de nadie. A lo mejor antes sí es verdad que las cosas eran distintas y tenían una especie de curso natural que iba poniendo a cada uno en su sitio. Ahora nos pasa como a la fruta y a las verduras, que nos maduran artificialmente y apenas nos dejan tiempo para ir haciéndonos más sabios y más conscientes de nuestros destinos. Ni nosotros llegamos conscientes a esta etapa final, ni nadie busca nuestra sapiencia por esa vida supuestamente madurada dentro de uno mismo. Trabajamos como locos para cumplir con las exigencias sociales y con las demandas de la sociedad de consumo, y cuando menos nos lo esperamos nos sacan del juego y nos arrojan como un fardo inservible en la primera cuneta que aparece en el camino cuando cumples los años previstos para la jubilación.

Mi abuela no era así, ni los abuelos de hace cincuenta años, y a lo mejor es por ahí por donde se nos está perdiendo el mundo, por esa prisa que no nos deja seguir el curso de la naturaleza y que nos madura como esa fruta que luego no sabe a nada y se pudre desde que la sacas de la nevera. Y todavía nosotros tuvimos algo más de tiempo y mucha más literatura, pero no quiero ni pensar qué abuelos les caerá al mundo cuando gente como mi hija y José Luis sean los que en teoría deban ostentar la sabiduría y ser los referentes consultivos en los que se apoyen las futuras generaciones. Yo al menos tuve la suerte de escuchar las historias de mis abuelas, pero mis nietos no escucharán nada porque no he tenido tiempo ni paciencia para ir haciéndome poco a poco a mí mismo, y porque además sería impensable que cualquiera de esos dos cibernéticos insolidarios pudiera perder media hora en escuchar a un viejo o en hacer algo que no

tenga delante un marcador virtual de puntos o unos rayos catódicos que hipnoticen y vuelvan cada día más pavitontos y más merluzos a quienes se ponen en su radio de acción.

Pero cuando te ven caminar despacio y observan las arrugas de tu cara no se imaginan que tú también corraste con esa libertad con la que se corre por las calles de las pequeñas ciudades a los once o doce años. Para ellos los viejos somos viejos desde que vinimos al mundo, unos pellejos sin sombra que están a punto de desaparecer para siempre y de dejarles unos euros de herencia con los que hacer frente a los pagos más inmediatos o a la compra un apartamento en la playa o de una casa de fin de semana en el campo. No nos quieren para nada, y a lo mejor es porque nosotros tampoco hacemos mucho por dejarnos querer. A mí particularmente me da igual que me quieran o no me quieran, aunque estando obligado a convivir con ellos sí es verdad que no me gustaría sentirme como el trasto inútil que me siento ahora mismo (...)